

4

DE ESTADOS UNIDOS

# PROTESTA FEMINISTA CONTRA LA GUERRA



Miss George Hour, prima del presidente Wilson, organizadora de la manifestación.



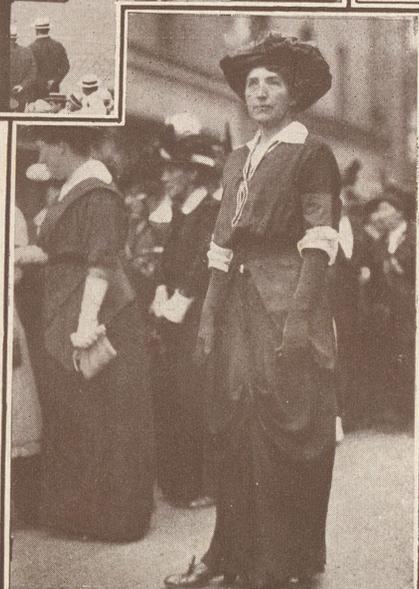
Miss Ruth Kiminishee, una darsa indígena de Montreal y una señora china, que tomaron parte en la manifestación contra la guerra.



Miss Porcia Willis, que encabezó la manifestación de protesta.

Las mujeres de Nueva York y otras ciudades, desfilando por la Quinta Avenida, después del mitin de protesta contra la guerra.

El 30 de agosto se celebró, en Nueva York, una gran protesta feminista contra la guerra. Millares de mujeres, de esa y otras ciudades norteamericanas, y aún chinas y de otras nacionalidades exóticas, realizaron un meeting.



Miss Lilian Davis, organizadora de la manifestación.

Copiado

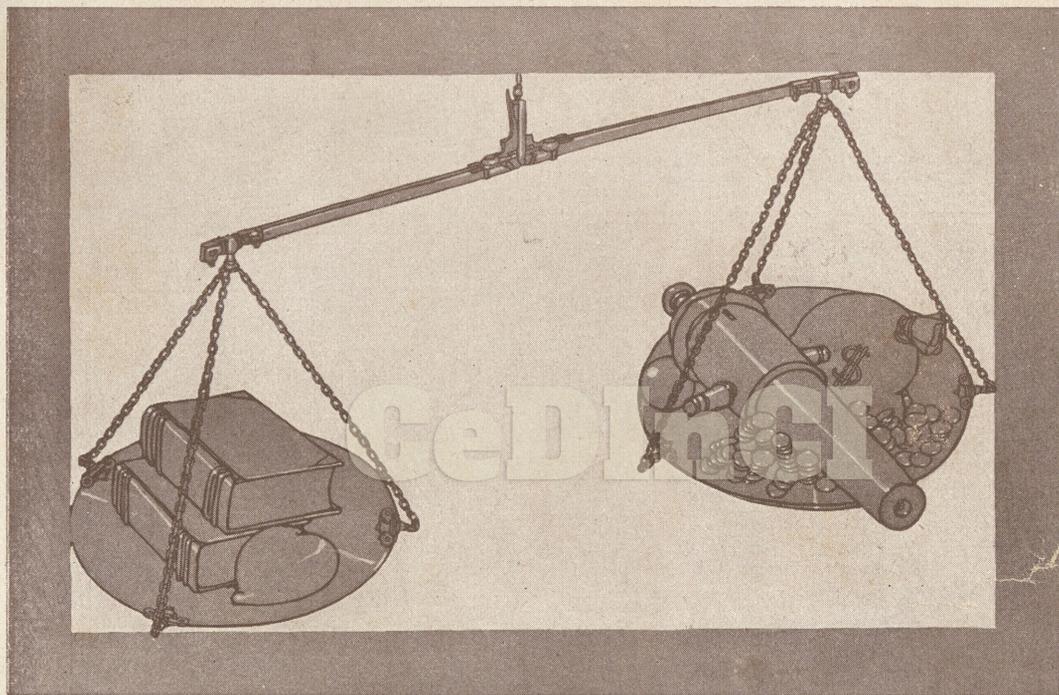
## Patria y cultura

Asistimos a una singular experiencia: las minorías cultas que en cada país predicán la paz y el internacionalismo, son las primeras en concurrir con su ingenio y su vida a la defensa de sus respectivas nacionalidades. Ante el peligro común enmudecen las doctrinas; si hay cobardes o indecisos no es entre los que piensan demasiado, sino entre los que nunca piensan. La cultura es el más sólido sillar de la nacionalidad; sin ella los hombres no llegan a poseer el verdadero sentimiento de patria.

Los países son expresiones geográficas y los estados son equilibrios de instituciones. Una patria es mucho más y es otra cosa: sincronismo de espíritus y de corazones, temple uniforme para el esfuerzo y homogénea disposición para el sacrificio, simultaneidad en la aspiración de la grandeza, en el pudor de la humillación y en el deseo de la gloria. Cuando falta esa comunidad de esperanzas, no hay patria, no puede haberla: hay que tener ensueños comunes, anhelar juntos grandes cosas y sentirse decididos a realizarlas, con la segurí-

sienten acomunados para perseguir un mismo ideal. Por eso es más hondo y pujante en las mentes conspicuas; las naciones más homogéneas son las que cuentan hombres capaces de sentirlo y servirlo. La exigua capacidad de ideales impide a los espíritus bastos ver en el patriotismo un alto ideal; los tráfugas de la moral, ajenos a la sociedad en que viven, no pueden concebirlo; los esclavos y los siervos tienen, apenas, un país natal. Sólo el hombre digno y libre puede tener una patria.

Puede tenerla; no la tiene siempre, pues tiempos hay en que sólo existe en la imaginación de pocos: uno, diez, acaso algún centenar de elegidos. Ella está entonces en ese punto ideal donde converge la aspiración de los mejores, de cuantos la sienten sin medrar de oficio a horcajadas de la política. Vivir para ella y no vivir de ella; servirla con la parte mejor de sí mismos, con la mente y el corazón juntos, pues nada valen, aparte, ni ingenio desvergonzado ni honestidad palurda. Entre esos pocos está entonces la nacionalidad y vibra el nacionalismo; mántiense ajenos a su afán los mi-



dad de que al marchar todos en pos de un ideal, ninguno se quedará en mitad del camino contando sus talegas. La patria es la solidaridad sentimental de la raza y no la confabulación de los politiquistas que medran a su sombra.

No basta acumular riquezas para crear una patria: Cartago no lo fué. Era una empresa. Las áureas minas, las industrias afiebradas y las lluvias generosas hacen de cualquier país un rico emporio: se necesitan ideales de cultura para que en él haya una patria. Se rebaja el valor de este concepto cuando se lo aplica a países que carecen de unidad moral, más parecidos a factorías de logrerros, autóctonos y exóticos, que a legiones de soñadores cuyo ideal parezca un arco tendido hacia un objetivo de dignificación común.

La patria tiene intermitencias: deja de serlo en ciertas épocas de rebajamiento, cuando se eclipsa todo afán de cultura y se enseñorean viles apetitos de enriquecimiento. Y el remedio contra esas crisis de chatura no está en el fetichismo del pasado, sino en la siembra del porvenir, concurriendo a crear un nuevo ambiente moral, propicio a toda culminación de la virtud, del ingenio y del carácter.

Cuando no hay patria no puede haber nacionalismo; este sentimiento colectivo — inconfundible con el apetito homónimo explotado, en todos los países, por los militaristas — sólo es posible en la medida que marca el ritmo unísono de los corazones. Mientras un país no es patria, sus habitantes no constituyen una nación. El celo de la nacionalidad sólo existe en los que se

liones de habitantes que comen y lucran en el país.

El sentimiento enaltecedor nace en muchos soñadores jóvenes, pero permanece rudimentario o se distrae en la apetencia común; en pocos elegidos llega a ser dominante, anteponiéndose a pequeñas tentaciones de pira o de cofradía. Cuando los intereses venales se sobrepone al ideal de los espíritus cultos, que constituyen el alma de una nación, el sentimiento nacional degenera y se corrompe: la patria es explotada como una industria. Cuando se vive hartando groseros apetitos y nadie piensa que en el canto de un poeta o la reflexión de un filósofo puede estar una partícula de la gloria común, la nación se abisma. Los ciudadanos vuelven a la condición de habitantes. La patria es la de país.

Eso ocurre periódicamente: como si la nación necesitara parpadear en su mirada hacia el porvenir. Todo se dobla y abaja, desapareciendo la molice individual en la común; diríase que en la culpa colectiva se esfuma la responsabilidad de cada uno. Cuando el conjunto se dobla, como en el barquinazo de un buque, parece, por relatividad, que ninguna cosa se doblara. Sólo el que se levanta, y mira desde otro plano a los que navegan, advierte su descenso, como si frente a ellos fuese un punto inmóvil: un faro en la costa.

Cuando la miseria asola a un país, culpa es de todos los que por falta de cultura y de ideal no han sabido amarlo como patria: de todos los que vivieron de ella sin trabajar para ella.

JOSÉ INGENIEROS.

Dib. de Málaga Grenet.